CAPÍTULO XXI

EL ALMA EN GRACIA GOZA EN POSEER A DIOS EN AMOR ESPECIAL

113.—Nunca defrauda Dios la fidelidad del alma que vive la gracia.

El alma que está en gracia posee a Dios y participa de sus perfecciones. Dios la llama para hacer con ella la más íntima unión del matrimonio espiritual si la encuentra fiel a su llamada en las virtudes y en las pruebas.

El alma que está en gracia es de Dios y vive para Dios en continuo crecimiento de gracia y en ininterrumpido desarrollo de divino amor según lo cultive y se ponga en las manos de Dios.

Si vivo en gracia de Dios, Dios está en mí por amor especial. Dios está en mí con el amor especial con que está en los bienaventurados y en los ángeles del cielo. Se comunica ya a los ángeles y a los bienaventurados en amor glorioso, en el conocimiento y visión del Ser o Esencia de Dios y en exaltación de dicha inenarrable, abiertas las compuertas de su gloria en torrentes de sabidu-

ría, de gozo y delicia. Al alma que aún vive en la tierra se comunica Dios y la hace realmente participante de su misma vida y naturaleza y perfecciones en la misma realidad sustancial e indecible que a los bienaventurados, pero sin los efectos gloriosos y sin hacerse ordinariamente sensible ni aun en el afecto y ternura de espíritu. Sabemos esta realidad por la fe y la conocemos en la oscuridad de la fe, como sabemos que suele Dios acrecentar el amor con el sufrimiento, sequedad y desolación interior.

Si mi entendimiento viera cómo está Dios infinito en mi alma dándola el ser, empapándola en su divinidad y llenándola de sus perfecciones infinitas, delicadísimas, altísimas; si mi voluntad sintiera la comunicación de la vida de amor sobrenatural, que es comunicación de amor infinito y del mismo Dios omnipotente, estallaría de gozo el cuerpo y no podría vivir más en la tierra. El gozo dichosamente me mataría. El mismo Dios me enseña esta verdad cuando *diciéndole Moisés: Muéstrame tu gloria, respondió el Señor: Yo te mostraré a ti todo el bien... Yo usaré de misericordia con quien quisiere, y haré gracia a quien me pluguiere. En cuanto a ver mi rostro, prosiguió el Señor, no lo puedes conseguir, porque no me verá hombre ninguno sin morir* (1). No puede este

(1) *Ex.*, 33, 18-20.

organismo de nuestro cuerpo resistir la impresión de tanta dicha en la tierra, mientras no sea fortalecido con el especialísimo auxilio que le comunicará Dios en el cielo, donde estará el cuerpo como espiritualizado y sobrenaturalizado por las dotes de la gloria que le dará.

¿No expresaba Santa Teresa de Jesús esta verdad regalada cuando le decía al Señor que ya no le cabía más felicidad en el pecho y que o se le ensanchase o la quitase la vida? (2). ¿No han expresado esta envidiable realidad tantos santos cuando deseaban deshacerse en agradecimiento a Dios y para estar con Dios? ¿O cuando decían al mismo Dios: Si esto nos muestras y nos das en la tierra, qué nos dejas ya para el cielo? ¿No es esto lo que tan deliciosamente nos repite San Juan de la Cruz en tantos lugares como cuando dice a los ojos de Dios: *Apártalos, Amado, porque me hacen volar, saliendo de mí, a suma contemplación sobre lo que sufre el natural?*, o

Estando ausente de Ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Que muero porque no muero (3).

(2) *Cuenta de conciencia*, 25.
(3) *Cántico espiritual*, c. 13, y *Coplas del alma que pena por ver a Dios.*

114.—No puedo yo darme cuenta ni aun remotísimamente vislumbrar lo que es Dios infinito en todo bien y en toda perfección comunicando su misma naturaleza sobrenatural al alma y estar dándola su misma vida divina, unido a ella con la mayor intimidad en la misma inteligencia y levantándola a vida sobrenatural y a obrar sobrenatural. Porque Dios es mío, mi vida, se me da, se hace mío y para mí.

Con mi imaginación puedo juntar todas las bellezas tan variadas, tan sobre todo número con mayor perfección y encanto que tienen en su realidad. Me deleita recordar amenidades de jardines y campos cubiertos de las más lozanas flores y aspirar el aire saturado de la suavísima fragancia que exhalan. Gozo recreándome en el sueño de la musicalidad más encantadora con que la muchedumbre de aves cantoras alegran la floresta en día primaveral. Me encanta el maravilloso cambiante de la luz con que alborea el sol hasta que brilla espléndido en lo alto del cielo iluminándolo todo; y el crepúsculo lleno de la suave melancolía con que el sol se despide de la tierra, de los árboles, de los pájaros y de las flores. Puedo estar como olvidado del tiempo y de mis sentidos con la admiración de la magnificencia ante la grandiosidad del estrellado firmamento. Levanto absorto mis sueños más alto a la luz y a la vida angélica y admiro, en lo poco que la teología puede enseñarme

de su vida feliz, la dicha de sus comunicaciones mutuas y la vida gloriosa que tienen en Dios.

Y de todo este cúmulo de belleza, de grandeza y de maravilla, aun de esa vida sobrenatural y dichosa de los ángeles, que no puedo comprender ni formarme idea apropiada, a la infinita magnificencia y omnipotencia de Dios, no hay proporción ni puede haber comparación.

115.—Sólo Dios es la Perfección infinita y todas las perfecciones son una, única y simultánea e infinita perfección de su Ser simplicísimo e infinito en todo bien y en todo poder y en todo saber actual, que ni los mismos ángeles pueden llegar a comprender totalmente, gozando cada vez con más sorprendente dicha y novedad viendo que Dios es infinitamente más, y cuanto más ven, más gozan, viendo más claramente que siempre hay más que ver en Dios, más maravillas, más grandeza, más bondad y belleza. Más claramente ven que Dios es infinito, superior a todo creado comprender y que sólo El puede comprenderse a Sí mismo y se comprende siempre y actualmente y todo lo ve, lo comprende y lo goza simultáneamente en Sí. ¿Qué será Dios? ¿Qué será el infinito Bien y el Creador de todo bien?

Cierro los ojos atónito en sueño de alegría y me llena de admiración y gozoso entusiasmo pensar que las más encumbradas inteligencias de las

más altas jerarquías angélicas en el éxtasis sobrenatural y en la exaltación de la visión beatífica, redundando felicidad y júbilo, ven clara y gozosamente que les queda inmensamente más que ver de las grandezas y bellezas, de las maravillosas perfecciones y bondades de Dios, infinitas en perfección y en número. Sé que los ángeles están siempre viviendo en la insondable fuente de la luz eterna, de la sabiduría, de la armonía, del encanto y omnipotencia eterna, de la dicha infinita de Dios, del sumo bien de Dios, y se ven llenos y saciados en todos sus deseos y en todas sus ansias.

Sé que viven siempre dichosos, siempre en el inenarrable e incontenible gozo de la felicidad, en la suavísima paz de la inimaginable delicia de Dios; y viviendo en la altísima sabiduría del mismo Dios, ven clarísimamente y gozan inexplicablemente, porque Dios es infinito en todo bien y el altísimo entender de que gozan los ángeles nunca puede llegar a comprender totalmente la infinita perfección, grandeza y hermosura de Dios. ¿Qué no ven, entienden y gozan los ángeles en Dios? ¿Qué serás Tú, Dios mío, en la infinita perfección de tu esencia infinita y en tus atributos cuando las inteligencias tan altísimas de los ángeles ni aun con la luz de gloria te pueden totalmente comprender? ¿Qué será Dios y qué su infinita hermosura y bondad?

116.—Los ángeles y los bienaventurados se aman gozosa y gloriosamente en Dios; se aman íntimamente con el mismo amor de Dios y aman a Dios en su misma esencia y con su mismo amor y en el amor de Dios gozan gloriosamente de todo amor y de todo bien. Los ángeles y los bienaventurados están ininterrumpidamente en la exaltación del gozo y del júbilo.

Los ángeles y los bienaventurados se sienten felices porque se ven amados de Dios y empapados en el bien de Dios y todo lo ven y todo lo tienen en Dios. Dios con su amor infinito y glorioso comunica a los ángeles y a los bienaventurados sus perfecciones, su gozo, su misma vida feliz.

Es imposible que en la creación entera material o espiritual, con todos los asombrosos portentos que encierra y se descubran, se pueda soñar o pensar algo que ni remotamente se asemeje a tanta dulzura, a tanta grandeza, a tanto bien y tanta dicha. Nunca lo finito puede asemejarse a lo infinito.

117.—Sólo Dios es Dios. Sólo Dios es el omnipotente, el infinito bien y el Creador de todo bien. Sólo Dios es el infinito gozo y comunica gozo y júbilo de felicidad.

El alma que está en gracia también posee en realidad a este Dios infinito, no aún en dicha ni

en gloria, pero sí misteriosamente en la realidad.

El alma que está en gracia vive en confiada esperanza de que para siempre, después de su muerte, gozará jubilosa y gloriosamente de todo bien y poseerá radiante tan dichosa y noble sabiduría y grandeza y sabe que está actualmente vestida de luz de cielo y tiene posesión de toda esa claridad y hermosura, aunque escondida, insensible e invisible. La fe se lo enseña con certeza. Tiene actualmente a Dios infinito en amor. Tiene a Dios y está empapada en Dios oculto.

Dios ha dado su vida al alma. Dios mismo se da al alma y se hace suyo. Dios en su infinita grandeza se hace amorosamente mío y para mí. Si estoy en gracia, soy amado de Dios con amor infinito. Dios me diviniza vistiéndome de sus mismas perfecciones. Si estoy en gracia ya actualmente mi alma posee esas perfecciones; si es cierto que no las veo y no las siento, no es menos cierto que en el día del cielo las veré y las gozaré gloriosamente.

El alma de fe viva y de amor de virtudes florecidas se ofrece en holocausto de agradecimiento a Dios en íntimo contento; se deshace de amor en gozosa alabanza.

Santa Teresa de Jesús, que recibió luz especial de esta grandeza y hermosura, gustaba de repetir: *¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de*

Vos? (4), y *¿Qué hace, Señor mío, quien no se deshace toda por Vos?* (5). ¿Cómo no ha de deshacerse y derretirse todo en gozo quien, iluminado por la luz de la fe, mira un poco la incomparable grandeza de Dios y que Dios le ha levantado a vida sobrenatural, a vivir de la misma vida de Dios y que Dios habita amoroso en su alma como Amado de infinito amor?

Si estoy en gracia de Dios, Dios ama mi alma, la entra en Sí mismo, me la llena de su amor, me envuelve y mete en su misma luz y hermosura, y mi alma ama a Dios con el mismo amor de Dios y en su mismo amor, que es amar en la misma fuente de toda la hermosura, de toda la bondad y de toda la dulzura y felicidad.

Este Dios infinito es mi Padre y es mi Amado. Siempre está conmigo y está amándome. Vivo en Dios infinito. El amorosísimo Dios me ha hecho morada suya y se ha hecho mío en amor.

(4) *Vida*, 39, 21.
(5) *Vida*, 29, 6.

Capítulo XXII

LA GRACIA TRANSFORMA Y SOBRENATURALIZA EL ALMA

118.—¡Cuán provechoso es y cuánta delicia produce en el alma amarse a sí misma en Dios amando a Dios sobre todas las cosas y más que a sí misma!

Cuando siguiendo las llamadas de Dios ha tenido fortaleza y constancia para sobreponerse y acabar con el amor propio, la da el Señor vivir el amor divino, que la ennoblece y esclarece hasta hacerla imagen viva del mismo Dios, comunicándola su misma naturaleza, con la cual la hace hija suya, la transforma de naturaleza natural en naturaleza sobrenatural y la endiosa. Con la gracia comunica Dios al alma la vida sobrenatural, la vida de Dios y perfecciones de Dios; vida y perfecciones reales, pero no aún gloriosas.

Con la gracia Dios diviniza y endiosa realmen-

te al alma comunicándola propiedades del mismo Dios, propiedades que el alma no siente sensiblemente mientras vive en la tierra, sino por modo extraordinario, pero la preparan y dan derecho para tomar posesión de la herencia gloriosa del cielo y la darán la felicidad eterna en Dios y serán la medida de esa felicidad.

Sal, alma mía, de esta pequeñez de tu amor propio y del gusto de sentidos y de tierra y déjate remontar confiadamente en los omnipotentes y amorosísimos brazos de tu Padre-Dios para mirarte gozosa en la luz de los ojos divinos, donde debes poner continuamente tu aspiración y tu mirada de fe, de amor y de ángel.

Vive, alma mía, en esa claridad y en esa hermosura increada. Déjate entrar y envolver por tu Padre-Dios en la luz indeficiente y encontrarás el lleno de tus aspiraciones y de la felicidad que añoras y para la que te crió. En esa suprema hermosura te vestirán y empaparán de júbilo glorioso y de exaltación de dicha muy superior a toda tu esperanza y ensueño. En Dios vivirás la delicia eterna. Dios es tu centro de amor y de perfección en la tierra y de gloria en el cielo.

119.—Necesito, Dios mío, mirada de ángel para embeberme y gozarme en tus sobreexcedentes perfecciones, grandezas y misericordias. Sé que los ángeles ven a Dios directamente en su esen-

cia y en tus perfecciones y son gloriosos por la gracia. Sé que han entrado en la posesión gloriosa y en la vida feliz de Dios por la gracia.

La gracia, el amor especial de Dios, el don de Dios por excelencia, sobrenaturalizó a los ángeles y los introdujo en la felicidad gloriosa de Dios.

La gracia los transformó e hizo de espíritus naturales, espíritus sobrenaturales y les enseñó el cántico con que celebran la dicha perpetua en el jamás interrumpido deleite de cielo.

Dios puso su amor especial en los ángeles y con este su amor los transformó en su vida de gloria y los ángeles fueron iluminados con la sabiduría de Dios y vestidos del radiante júbilo de eterna dicha. Es la obra maravillosa de la gracia divina.

Alma mía, mientras recibes mirada de ángel repite con luz y certeza de fe: necesito mirada de ángel y naturaleza de ángel. ¿Y no es un desatino decir que necesito naturaleza de ángel, que nunca tendré? Pero mayor sinrazón es, al parecer, participar y, por lo mismo, tener naturaleza de Dios, no por esencia, que es imposible, sino por comunicación generosa de Dios, y Dios me la da. La teología me explica que si los ángeles son gloriosos, no lo son por ser ángeles, sino por participar de la naturaleza y de las perfecciones de Dios. La gracia los sobrenaturalizó y por la gracia son bienaventurados ya para siempre. La partici-

pación de Dios, comunicada por la gracia, les hizo sobrenaturales y les vistió el vestido de cielo haciéndoles dichosos en gloria.

120.—Y también quiere Dios poner en mi alma su amor especial con su gracia. También la gracia de Dios transformará mi alma y de natural la hará sobrenatural e hija de Dios con obras sobrenaturales y amor sobrenatural.

También Dios, mi Padre, quiere hermosear mi alma con la gracia, el vestido de cielo y, a su tiempo, comunicarme por la gracia la luz de la gloria y la visión beatífica para que le vea en su esencia y en sus perfecciones directamente, y viva su misma vida y su sabiduría y su poder y le posea y sea feliz como son los ángeles del cielo. Tendré entonces mirada de ángel y deleite de ángel. Adquiriré naturaleza sobrenatural superior a la naturaleza natural de los ángeles. Se me dará Dios mismo en gloria como se da a los ángeles.

Nunca podré ser feliz con dicha de cielo sin la transformación que la gracia obre en mi alma.

Yo ni sé ni puedo transformarme a mí mismo, como tampoco supieron ni pudieron transformarse los ángeles a sí mismos. Sólo Dios sabe y lo puede hacer y lo quiere hacer en mí. Dios lo hace por la gracia. Los ángeles, fieles al querer divino, se dejaron transformar. Para transformarme, para divinizarme, me ofrece Dios su gracia. Sólo espe-

ra Dios a que yo haga hueco en mi corazón para llenármelo, o mejor: El mismo haga capacidad en mí.

121.—Porque quiere transformarme, porque quiere divinizarme uniéndome íntimamente a Sí y dándome su naturaleza y su vida, me llama el Señor y amorosamente me insta a un mayor recogimiento, a un más íntimo retiro y trato de amistad a solas con El solo. Me insta a que me disipe poco, a que preserve mucho mis potencias y mi lengua, a que encauce mis potencias a la luz y a la alegría sobrenatural comunicándome y tratando ininterrumpidamente de amor con El, a que le mire con mirada de amante y de fe, y El me enseñará su sabiduría y me dará sus tesoros escondidos.

La atención a Dios es tratar de amor y estar con Dios; es la mirada de amante, es comunicarse el mutuo amor. Dios da el suyo al alma y el alma el suyo a Dios. ¡Dichosa y feliz comunicación tan gananciosa para el alma!

La mirada a Dios es recibir la ciencia de Dios y darle el corazón; es quedar absorbido por el embeleso y el anhelo de Dios, dejando toda otra cosa.

El gusto, el embeleso y el anhelo del alma amante y más del alma transformada y deificada es permanecer atenta a Dios en silencio y soledad; es aguardar en ansia en el jardín del Amado cui-

dando sus flores y aspirando sus olores hasta que se haga presente; es aislamiento y despego de gusto de sentido y de lo mundano y diligencia amorosa de pensamientos divinos.

En la atenta espera a Dios el alma se llena de recuerdos y deseos de Dios y Dios aviva los afectos del alma. En la atención y mirada a Dios se encuentran Dios y el alma, derritiéndose el alma en gozo ante la mirada de la inteligencia divina, y poniendo Dios su palabra en lo interior del alma enseñándola y comunicándola la sabiduría del amor del cielo. Dios llena al alma de su amor y el alma recibe a Dios en agradecimiento gozoso y en confusión humilde. Dios transforma al alma y el alma se ve con las flores del amor y la fragancia de las virtudes y engalanada con la hermosura de Dios.

La misericordia y bondad de Dios han obrado tan prodigioso milagro. Todo es obra de la gracia divina dada generosamente por Dios.

122.—La mirada de Dios, el encuentro de Dios, el amor de Dios es la gracia, y la gracia es la comunicación del amor de Dios, de la naturaleza y de las perfecciones de Dios. Dios con su gracia causa la transformación sobrenatural del alma levantándola de naturaleza natural a naturaleza sobrenatural. La gracia endiosa el alma.

La gracia me hace amor de Dios, como el amor

especial de Dios hace nacer en mi alma esta criatura nueva sobrenatural de la gracia.

La gracia me levanta sobre mí mismo y sobre las criaturas todas miradas en su naturaleza natural, no exceptuando los ángeles.

La gracia pone en mi alma amor, y naturaleza y perfecciones del mismo Dios. Por la gracia y amor, Dios se hace mío y a mí me hace de Dios. Por la gracia soy hijo de Dios. Dios es mi Padre y me da su mismo amor y su misma vida para mí y me los da poniéndolos en la esencia de mi alma para que yo los viva y los cultive con El y El me los acreciente. La gracia me da derecho a la herencia gloriosa del cielo.

La gracia divina me levanta al mismo amor de los ángeles gloriosos, pues ellos son gloriosos y felices con felicidad sobrenatural viendo a Dios directamente en su esencia por la gracia que les comunicó el amor de Dios, y les sobrenaturalizó y les hizo amor glorioso de Dios.

También la gracia me hace a mí amor de Dios, y si tengo la perseverancia, que he de pedir continuamente a Dios, me hará amor glorioso cuando mi alma se haya apartado de mi cuerpo por la muerte. La muerte es el vuelo del alma a la gloria de Dios.

Vestido con el vestido de la gracia, bien puedo decir que soy amor de Dios. Lleno de agradecimiento y reverencia y amor debo repetir: Dios es

mi Padre; Dios es mi amado; Dios es mío y para mí. Soy amado de Dios. En su misericordia y bondad me ha escogido, ha puesto amor especial en mí, me ha sobrenaturalizado con su gracia; me ha transformado y levantado de naturaleza natural a naturaleza sobrenatural, como a los ángeles del cielo.

CAPÍTULO XXIII

EL ALMA TRANSFORMADA ESTA INJERTADA EN JESUCRISTO

123.—Cuando leo a San Pablo admiro siempre su entusiasmo hablando de la gracia, y de los maravillosos efectos que en el alma produce. De sí mismo decía: *por la gracia de Dios soy lo que soy* (1). La gracia de Dios le hizo apóstol y hombre de Dios; la gracia de Dios le sobrenaturalizó y le llenó e inflamó en el amor de Dios.

En San Pablo veo el modo de obrar de la gracia; su vida es una enseñanza.

Aun siendo santo sentirá las flaquezas del cuerpo y las rebeldías de las tentaciones, violentas a veces en tanto grado que pide al Señor le quite la vida por temor a caer, y el Señor le conforta no quitándole las tentaciones, sino diciéndole: *te bas-*

(1) *I Cor.*, 15, 10.

ta mi gracia, porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza (2).

Fortalecido con la gracia y reconocido a la bondad divina, expresa su agradecimiento a Dios con estas palabras: soy lo que soy, a pesar de mi flaqueza, *por la gracia de Dios y su gracia no ha sido estéril en mí* (3) *y todo lo puedo en aquel que me conforta,* de tal manera que no podrá separarme de Dios *ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el cuchillo* (4).

124.—La gracia de Dios es Dios en el alma en amor, y es el poder y la bondad de Dios en el alma y hace al alma como hizo a San Pablo, invencible y superior a todas las astucias y a todas las asechanzas del demonio, y a todas las críticas y burlerías de los hombres, más temibles que las del demonio. La gracia de Dios ilumina al alma, hace florecer la belleza en el alma, transforma al alma, sobrenaturaliza y endiosa al alma con el vestido del cielo.

Bien puedo repetir yo lleno de gozo, de admiración y de agradecimiento al Señor las palabras de San Pablo: *¡Oh profundidad de los tesoros de*

(2) 2 *Cor.*, 12, 9.
(3) *1 Cor.*, 15, 10.
(4) *Rom.*, 8, 35.

la sabiduría de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus caminos! (5).

No hay en toda la creación, después del misterio de la Encarnación, realidad más admirable y atrayente que la gracia de Dios en sí misma y obrando en las almas la maravilla de la transformación para divinizarlas. ¿Qué maravilla puede compararse a ésta ni tan digna de derretir el alma en agradecimiento como es ya en esta tierra levantar al alma y transformarla de su naturaleza natural a las insospechables y hermosísimas alturas de naturaleza del mismo Dios? ¿Cómo no ha de llenarme de jubiloso regocijo saber con certeza que este polvo de mi nada es sublimado hasta los deslumbrantes encantos del cielo? ¿Cómo no ha de sonreírme y estremecerme de gozo la caricia de la felicidad sabiendo que Dios mismo me viste el radiante vestido de la sobrenaturalidad? ¡Dios mío, si yo lo viese! Pero me lo dice con una mayor seguridad la fe.

125.—¿Cómo se transforma el alma en sobrenatural? ¿Cómo es la belleza y blancura sobrenatural del alma? ¿Cómo se endiosa el alma? Sólo Dios puede hacerlo y sólo Dios lo sabe y a quienes ya en el cielo se lo comunica. Sólo Dios y los ángeles y bienaventurados del cielo a quienes se

(5) *Rom.*, 11, 33.

lo ha mostrado ya saben y conocen la maravilla de esta tan admirable transformación sobrenatural, mucho más admirable, repito, que la creación y gobernación de los mundos y de los astros que tanto nos asombran.

Quisiera hacer llegar al conocimiento de todos, aunque sólo fuera algún rastro de esta grandeza, con algunas comparaciones naturales.

Hoy continuamente oímos que todo en el mundo es transformación. Unas energías se transforman en otras y unos elementos o perfecciones en otros. Lo oímos y en gran parte lo vemos y lo experimentamos en las cosas naturales, hasta en nuestro propio cuerpo. Sin que yo sepa explicármelo, desde niño, inconscientemente, mi organismo transforma los alimentos que tomo en vida, en desarrollo, en fuerza y movimiento, hasta el extremo que si no tomo y asimilo los alimentos, ni aun tengo energías para pensar. Dios hace por las causas naturales establecidas por El esta transformación de los alimentos en cuerpo mío, en vida mía. Sólo Dios sabe hacerlo.

Si observo y me admiro ante la transformación material, ¿qué será la transformación espiritual? ¿Y cuál no será el misterio y el poder de la transformación de la naturaleza natural a naturaleza sobrenatural? ¡Dios mío, si yo lo viera o lo comprendiera!

San Pablo acude a comparaciones de la natu-

raleza para explicar los conceptos o verdades espirituales sobrenaturales intentando darlos mayor claridad. Habla de la vida en Cristo, que es la vida de gracia y la vida sobrenatural y dice a los cristianos que han sido injertados en Cristo (6).

Aun cuando ya se sabe, quiero hacer presente que se hace el injerto en un árbol para mejorar su fruto o su calidad, o de estéril convertirle en fecundo.

El injerto transforma y mejora en el árbol la calidad y aun la abundancia del fruto de modo sorprendente. Yo he visto injertar y convertir los almendros amargos en almendros dulces. He visto producir el mismo árbol y al mismo tiempo en distintas ramas almendras, albérchigos y melocotones de magnífica calidad por los injertos que manos muy expertas hicieron en el mismo tronco. Vemos y nos regalamos saboreando las apreciadas naranjas que llaman *navel* tan hermosas, de gusto tan exquisito y sin una semilla. Los injertos de los técnicos han mejorado y están mejorando éstos y otros muchos frutos.

Se hace el injerto en el árbol introduciendo una yema de otro árbol seleccionado y escogido bajo la corteza del que se quiere mejorar o transformar hasta casi cubrir la yema con la corteza, sujetándola para que la yema reciba la vida y sa-

(6) *Rom.*, 11, 16, 25.

via del tronco. La yema adherida y bien ligada recibe la savia del nuevo tronco, pero conserva su especie y sus calidades y propiedades, transformando y mejorando el fruto y la calidad del árbol al que se adhiere y aun, con frecuencia, mejorando la calidad del fruto de la misma yema con la savia nueva. Crece la yema y se desarrolla en árbol y se corta el árbol anterior y queda el injerto; queda la transformación y lo más perfecto.

Ahora digamos que la gracia es la yema de la naturaleza divina con propiedades divinas. Injertada en el alma, mejora al alma para que, sin dejar su naturaleza, adquiera naturaleza sobrenatural, tenga vida sobrenatural y dé frutos sobrenaturales.

Es muy frecuente decir que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. En esta frase muy clara se expresa una gran verdad. Dios con su gracia pone e injerta en mi alma su savia, su vida y su naturaleza divina, y sin dejar de ser yo, mi persona humana con mi temperamento individual y con mis propiedades anatómicas y fisiológicas y con la capacidad de las potencias de mi alma, tengo frutos y obras sobrenaturales y casi divinos o divinos por comunicación y participación de la naturaleza de Dios, y tendré premio divino y felicidad no sólo correspondiente a mi natural, sino felicidad sobrenatural, que es ver a Dios directamente en su esencia y vivir la vida

y las perfecciones de Dios según mis obras meritorias.

Con la gracia he sido levantado a vida sobrenatural y hecho hijo de Dios por adopción, lo cual no se puede ser sin participar de la naturaleza misma de Dios. Mi Padre celestial me ha transformado para que, dentro aún de mi flaqueza, tenga frutos dulces de cielo con sabor de cielo y de vida eterna. ¡Bendito sea Dios que tan delicadamente me ama y quiere hacer en mi alma las maravillas de su amor! ¡Bendito sea que quiere unirme en amor con El en íntima unión como es unir mi entendimiento y mi voluntad a su entendimiento y a su volutad y dárseme El mismo en amor por su gracia! Obrad pronto en mí esta vuestra obra. Hacedme vuestro con vuestra gracia.

Capítulo XXIV

COMPARACIONES PARA ACLARAR LA TRANSFORMACION QUE EN EL ALMA HACE LA GRACIA

126.—Vemos la continua transformación en las cosas materiales. Transformación continua y maravillosa. Transformación de la materia muerta y de la viva y orgánica, como ya se indicó antes.

La tierra, la humedad, el calor, la luz y la mano de Dios transforman la esterilidad en bellas lozanías de hierbas, de flores, de árboles de muy agradables frutos y de suavísimas fragancias. ¿Cómo la tierra muerta y la humedad se transforman en rosa, en trigo o en corpulento y frondoso árbol? ¿Cómo las plantas transforman y asimilan la materia inorgánica convirtiéndola en vida?

En esta transformación, las plantas son distintas y de distinto género que la materia muerta, y el alma sobrenaturalizada por la gracia es la misma

que antes de recibir la gracia. Es el mismo sujeto, el mismo individuo y aun la misma naturaleza, aunque con otra naturaleza sobreañadida a la suya natural y muy superior a ella.

Los escritores espirituales y los teólogos ponen la comparación del hierro y su transformación en calor y en fuego sin dejar de ser hierro. Aun cuando ya queda indicado antes, quiero explanarla algo más (1).

Introducimos un trozo de hierro en el fuego y el fuego calienta el hierro, pone un elemento nuevo en el hierro: el calor. Si se intensifica el fuego, el hierro se pone rojo y se hace fuego y quema. ¡Pobre de la mano que intentara agarrar un hierro al rojo! Se quemaría. Si se intensifica el fuego llega el hierro a derretirse o hacerse líquido. Ha recibido sobre su naturaleza de hierro la naturaleza del calor y del color rojizo sin dejar de ser hierro, y abrasa cuanto toca. Ha sido transformado sin perder su naturaleza, sin dejar de ser hierro.

Aún se me presenta otra comparación más hermosa y más apropiada.

La electricidad ha cambiado el modo de trabajar en muchos aspectos, ha cambiado la vida de la sociedad y nos ha revelado insospechados misterios, perfecciones y energías de la naturaleza. La

(1) Véase en el cap. 19, núm. 105.

electricidad hace transformaciones sorprendentes. Recordemos, entre otras, las que continuamente tenemos ante los ojos.

Porque ante mis ojos tengo y toco con mis manos una lámpara eléctrica, una ordinaria bombilla, que ilumina estos papeles o ilumina en la noche las calles de una población. En esta bombilla veo un cristal transparente y fino y dentro, aislados, unos alambrecitos plomizos y muy finos. Pongo la bombilla en contacto con la corriente eléctrica, y esos alambrecitos, ese filamento metálico oscuro, se pone incandescente y brillante. La bombilla se ha transformado en su interior y tiene nuevos efectos y otra nueva naturaleza sobre la ordinaria: alumbra y calienta. El filamento metálico de suyo ni tenía luz ni calentaba.

Con la naturaleza nueva que ha recibido, distinta de la suya, tiene efectos que antes no tenía: luce. El fluido eléctrico lo ha transformado y comunicado efectos superiores. El filamento está en el vacío de la bombilla; es necesario el vacío del aire para que al inflamarse el oxígeno no los queme o derrita. Puesto en vacío y recibiendo el fluido eléctrico, se ha dejado transformar, se ha iluminado y brilla. La electricidad transparenta lo opaco y la carne deja ver hasta los huesos con los rayos Rontgen, y se transforma en imagen o sonido.

No todas las bombillas iluminan con la misma brillantez e intensidad. Brillan según sea la cali-

dad del filamento, su gruesor y la intensidad de la corriente eléctrica. Ni todas las frutas que produce el mismo árbol tienen la misma lucidez a la vista ni producen el mismo regalo al paladar. El cuidado, la tierra, la humedad, el sol, el aire, el ambiente, todo cuanto las rodea, influyen en la lozanía, en la belleza, en el gusto y en la vida sana.

Dios quiere poner en esta alma mía, y en todas las almas, el injerto, la vida, la luz y riqueza de su misma naturaleza sobrenatural. Dios quiere llenar a todas las almas de su vida sobrenatural. Cada alma posee y desarrolla la naturaleza y la vida de Dios en sí misma, según es su propia voluntad y su fidelidad a las llamadas e inspiraciones de la voluntad divina. Dios quiere poner su imagen viva en mi alma.

127.—La Santísima Virgen recibió la comunicación de la naturaleza y de la vida de Dios, y porque fue Virgen pronta y fidelísima, y porque estuvo vacía de todo apetito y de todo apego a lo mundano, Dios la transformó más bellamente y la dio perfecciones sin medida haciéndola sol esplendorosísimo. ¿Cuánto no te habrá Dios comunicado ya a ti, alma mía? ¿Y qué vida de Dios tengo yo en mí? ¿Cómo está iluminada mi alma con luz sobrenatural? ¿Qué pensamiento y qué mirada de ángel tengo yo? Porque sé con certeza que Dios quiere hacerme sol brillante y fragancia de cielo

si yo correspondo. Sólo Dios me puede transformar y hacer, pero exige mi esfuerzo, mi determinación. Tengo que ponerme en vacío de lo mundano para que la gracia luzca en mí. ¿Por qué no seré yo, Dios mío, todo tuyo? ¿Por qué no estaré ya vestido hermosísimamente del vestido de cielo y lleno de joyas sobrenaturales? ¿Y por qué no veré yo la hermosura o el estado de mi alma?

¿Cómo es posible que mi alma tenga ya, si está en gracia, tanta riqueza y tanto bien y no sienta ordinariamente nada? ¿Cómo está la gracia en el alma?

Nadie puede contestar a esta pregunta como desearíamos. Es realidad tan alta como oculta, sólo patente a la mirada de Dios. Es misterio impenetrable en la tierra. Es verdad ciertísima, pero escondida.

Veo una reproducción hermosísima de una fotografía. Tiene el colorido más delicado y el detalle más primoroso. Es un encanto de belleza. Toda esa belleza, toda esa realidad estaba en la placa fotográfica antes de que sintiese la transformación que en ella hizo el líquido revelador. En la placa estaba toda la belleza, todo el encanto y primor, pero estaba oculto, escondido. Apareció después de que fue revelada con mucha mayor hermosura y encanto si la realza un fino y matizado color.

El alma también tiene toda la realidad de la

vida sobrenatural y de las perfecciones que ha de tener en el cielo; el alma tiene la vida sobrenatural, pero, como en la placa antes de ser revelada, está oculta. Aparecerá en el cielo. Aparecerá con una hermosura, un encanto y unas idealidades tan delicadas y tan luminosas como no podemos ni soñar con la belleza de la hermosura misma.

¿Quién puede explicar cómo se transforma la semilla de un rosal o de un frutal sembrada en la tierra, y nace el rosal y vemos un botón que de la noche a la mañana se abre mostrando la maravilla de la rosa, toda hermosura y delicadeza, y exhalando suavísima fragancia? Continuamente vemos que una flor diminuta se desarrolla, pierde sus pétalos y se transforma en fruto, dulce regalo del paladar. Todo estaba providencialmente encerrado en la semilla. ¿Qué nos hace soñar la transformación del disco del gramófono que tiene oculto en sí el sonido de las voces o músicas o la televisión o la radio?

Capítulo XXV

HERMOSURA Y RIQUEZA DE LA GRACIA

128.—Jesús hablaba con frecuencia a las muchedumbres que le seguían del *reino de los cielos*. Para que le entendieran todos aquellos trabajadores e iletrados que le escuchaban, y a veces le seguían varios días, les ponía comparaciones del reino de los cielos con objetos conocidos por todos y les decía: *el reino de los cielos está dentro de vosotros* (1). No dejaría de producirles muy honda impresión oír de los labios de Jesús que tenían el reino de los cielos dentro de ellos mismos. Y para mí no tengo la menor duda de que al mismo tiempo que pronunciaban sus labios amorosos estas palabras, su poder y su amor iluminaban las inteligencias y movían el amor en los corazones.

El reino de los cielos es todo hermosura y feliz

(1) Luc., 17, 21.

ilusión de futuro para la inteligencia y para la esperanza; pero si está dentro del corazón, es también hermosura y encanto de presente.

Porque es todo hermosura y encanto, Jesús quería hacérselo comprender diciendo: *El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre de nuevo, y gozoso del hallazgo, va y vende cuanto tiene y compra aquel campo.*

El reino de los cielos es semejante a un mercader que trata en perlas finas. Y viniéndole a la mano una de gran valor, va y vende cuanto tiene y la compra (2). Este tesoro es el reino de los cielos, y esa perla es la gracia de Dios.

Toda su vida había traficado el mercader para reunir bienes y lo había conseguido. Ahora conoce la preciocísima margarita y, para comprarla y poseerla, vende cuantos bienes había reunido con tiempo y trabajo, porque sabe que esa piedra preciosa vale más que todos los bienes y él la estima sobre todos los bienes; con el valor de los bienes adquiere la perla de extraordinario valor, y queda muy contento sin los bienes, pero con la margarita. Merece la piedra preciosa en su estima más que todos los bienes como lo merece el tesoro encontrado en el campo. No hay belleza ni riqueza que tenga comparación con la gracia.

(2) Mt., 13, 44-45.

129.—El alma de vida interior y el alma consagrada a Dios procuran adquirir este tesoro y esta piedra preciosa de la gracia o del reino de los cielos que es el mismo Dios y nada criado puede tener comparación con Dios.

Porque el alma de vida espiritual y el alma consagrada saben que no hay belleza semejante a la belleza de Dios ni gozo que se acerque al gozo de Dios, dejan voluntariamente todas las cosas del mundo, sean bienes de fortuna, sean alegrías sociales, sean pompas de fama o de mando, sean caricias de familia o halagos y gustos de los sentidos y comodidades y regalos del cuerpo, para llegar a la posesión y unión con Dios.

El Señor dice en el Evangelio que para conseguirlo con perfección el hombre ha de negarse a sí mismo y tomar la cruz de la mortificación (3).

San Juan de la Cruz hace resaltar la idea diciendo que el alma con ansias de Dios e inflamada en los amores de Dios, salió de todas las cosas del mundo y salió hasta de sí misma en busca del Amado pasando por encima de todos los halagos y atractivos sin coger flor alguna y venciendo todas las dificultades hasta llegar a la soledad, que es donde se encuentra al Amado, y el Amado es todas las delicias y gozos para el alma.

La soledad santa que busca el alma es *querer*

(3) Mt., 16, 24.

carecer por su Esposo de todas las cosas y bienes del mundo... procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que viene a la unión del Verbo (4).

Todo se ha de dar por la piedra preciosa de la gracia. De todo se ha de salir y despegar para adquirir el tesoro invalorable del reino de los cielos. La gracia, el reino de los cielos, son claridad, riqueza de espíritu, hermosura de cielo y sabiduría de Dios transformando y divinizando el alma. Ni fragancia de rosas, ni embeleso de vergeles, ni arreboles de aurora ni delicadas armonías musicales pueden darnos idea de la idealidad sobrenatural de la gracia.

Porque la gracia es el rozagante y cautivador vestido con que Dios quiere adornar al alma para hacerla brillar en el cielo. La gracia hace al alma hermana de los ángeles e hija dichosa y gloriosa de Dios.

Cuando el alma de vida interior sale inflamada en amores por los deseos de ver y poseer al Amado Dios, deja atrás la oscuridad y el miedo de la noche, lo pesado y molesto de la tierra, lo pequeño y mísero de los hombres y del mundo, y mira delante de sí el fulgor de los ojos del Amado, que va buscando, y el clarear de su presencia, que lo envuelve todo en belleza y armonías y embelesos

(4) *Cántico espiritual*, 35, 4.

nunca soñados. Va buscando un bien sobre todo bien y una delicia que supera toda delicia y sólo se encuentra en el Amado, y participará el alma de toda esa bondad por la gracia que el Amado Dios la comunica. Y *al Amado no se halla sino afuera, en la soledad* (5). Hay que atravesar los mares.

130.—¡Cuánta hermosura, y riqueza, y encanto pone la gracia de Dios en el alma!

Dios quiere que mi alma tenga aún más belleza espiritual que la naturaleza tiene de material en el florido esplendor de la primavera y embelesa mis sentidos. Dios quiere que las rosas de las virtudes que la gracia pone en mi alma tengan mayor fragancia y más admirable y variado colorido que las preciosísimas que embellecen y embalsaban los vegetales y recrean mis sentidos tocando sus pétalos vistosos y oliendo su perfume suavísimo.

Dios quiere que mi alma sea rosa suya radiante, no como las que florecen en los más cuidados jardines, sino como son los ángeles del cielo, y me ofrece la misma belleza que a los ángeles y la misma transparencia y claridad dándome como a ellos su gracia divina.

Dios quiere que mi alma sea como la tierra buena y bien cuidada del paraíso, llena de lozanía

(5) *Noche*, 2, 14, 1.

y fertilidad. Dios quiere que mi alma sea *jardín floridísimo* con todos los encantos y fragancias espirituales y sobrenaturales como los vergeles del cielo, y llueve gracia abundantísima sobre mí para que pueda serlo. Dios es para mi alma el sol fecundante y esplendoroso que forma en torno mío el ambiente propicio para que, si coopero, se desarrolle en mí la más sorprendente floración de todas las virtudes.

Pero no me fuerza, sino que deja a mi voluntad que yo me determine y aproveche cuantas inspiraciones y llamadas me hace y las abundantísimas gracias que me da. Dame, Dios mío, dame también la gracia de la determinación y de la perseverancia, pues Tú me las tienes que dar y nada podré mientras no me las des. Transfórmame, Señor mío, y hazme flor tuya escogida y fragante. Ten a bien hacerme piedra tuya preciosa de incalculable valor. Dame claridad, encanto y gracia de amor para que sea yo alabanza y gloria tuya, para que Tú seas mi vida y mi amor y yo viva en tu vida y en tu amor.

131.—¡Cuánta hermosura y riqueza y encanto pone la gracia de Dios en el alma! No es ciertamente una hermosura ni una riqueza de proporción de partes ni de colores y contornos materiales, sino una belleza impalpable, espiritual y muy superior a cuanto puede soñar la imaginación o pue-

den ver los ojos en la naturaleza corpórea. Es belleza y encanto de la impalpable e infinita belleza y encanto de Dios.

Al hacer la gracia al alma hija de Dios la transforma, la viste ese vestido de luz y esplendor de cielo, la comunica unas propiedades y perfecciones muy superiores a todo lo visible, a todo ensueño y a toda ilusión. La fantasía más exuberante y exaltada jamás puede llegar a entrever imágenes ni atracciones de tanta maravilla ni de tan delicada fascinación. Ni aun después de recibir las propiedades y perfecciones puede figurárselas hasta que Dios se las muestre con visión extraordinaria en la tierra y se las haga ver y vivir gloriosamente en el cielo.

Por lo mismo que son propiedades y perfecciones participadas de las perfecciones de la naturaleza divina, son en tal manera superiores a cuanto se ve y se oye o se imagina en la naturaleza criada y exterior, que nada puede darnos noción ni aun semejanza de tanta suavidad y claridad.

Al transformar la gracia al alma en hija de Dios, la comunica, como ya se dijo, naturaleza y perfecciones de la naturaleza y perfecciones del mismo Dios. ¿Y quién tiene capacidad para comprender ni menos para expresar tanta grandeza y tanta idealidad y galanura?

Es la gracia de Dios, es el mismo Dios con su gracia quien viste, adorna e ilumina al alma de Sí

mismo, de su misma luz, de su infinito amor, de su infinita bondad y magnificencia, de su infinito saber y brillar. Veo con frecuencia en la atmósfera que una nube opaca al pasar por delante de los rayos del sol se torna blanca y brillante y como de nácar, y los rayos del sol la hacen como de luz. ¿Qué no harán la gracia y el amor sobrenatural en el alma? ¿Cómo podré yo figurarme un alma transformada y adornada con el vestido de la gracia y del amor de Dios? ¿Cómo se transparentará en esta tal alma algo inimaginable de la infinita beldad de Dios por la perfección y belleza increada del mismo Dios? ¿Qué delicados rayos de luz y arreboles de hermosura no irradiará sobre esta alma? ¿Cómo quedará mi alma en éxtasis de gloria y de dicha cuando vea en sí tan divina armonía y delicia? ¿Qué realeza adquirirá el alma vestida con el manto regio de Dios? ¿Cómo será un alma deificada?

132.—El alma en gracia es un alma-amor, pero amor divino, inimaginable e inconcebible para los que vivimos en esta atmósfera de la tierra, hasta que nos despeguemos de esta crasitud de la mortalidad y nos ilumine el Señor con la luz de gloria. La luz de gloria dará a mi entendimiento luces nuevas, conocimientos nuevos, y veré mundos nuevos, y veré el cielo, y veré y conoceré a Dios infinito en su esencia. En lo infinito de Dios veré la

grandeza y belleza de todos los mundos y de todas las criaturas. Veré en sí misma la infinita y arrobadora hermosura y bondad de Dios y veré a esta alma mía unida a esa misma hermosura y bondad de Dios y hecha hermosa con ella, más que la tenue nubecilla parece hacerse de luz cuando pasa delante del sol.

Nieremberg escribía que *la gracia es la mayor belleza de las criaturas y tal que si se viera cómo es en sí, como dijo el Señor a Santa Brígida, no la pudiera sufrir uno si no fuese milagrosamente confortado* (6).

No hay luz de sol, ni artificio de los hombres, ni maravilla de la naturaleza criada, que pueda compararse con esta magnificencia ni producir tales efectos. ¡Si me fuera dado, Dios mío, ver por un solo momento la hermosura del alma en gracia, quedaría lleno de pasmo y admiración y tendría todo lo demás por nada y como fealdad ante tan deslumbrante beldad! ¡Si me fuera concedido ver mi alma directamente y en mi alma ver la luz y la margarita preciosa de la gracia en toda su hermosura y encanto, y ver cómo va creciendo e intensificándose esta incomparable belleza con el ejercicio de las virtudes y con el trato de amor con Dios en la vida de oración e interior, pondría toda la

(6) *De la Hermosura de Dios y su Amabilidad*, lib. 2, capítulo 4, pf. 1.

atención de mis potencias y todo el esfuerzo de que soy capaz para ocuparme en esto sólo y buscar sola esta ganancia.

Pero no siéndome dado ver ni mi alma ni la maravillosa hermosura del alma adornada y transformada con la gracia, quiero gozarme en esta altísima e inimaginable belleza trayendo a la memoria lo que me dicen experimentaron algunos santos privilegiados sobre idealidad tan ilusionadora.

Esos santos privilegiados recibieron del Señor, como regalo extraordinario, luces y conocimientos y gustos especiales de esta divina realidad.

Y así leo gozoso en las mercedes que el Señor hizo a Santa María Magdalena de Pazzis que *si un alma pudiese conocer en cuánta grandeza está mientras ama a Dios, casi se desharía en sí misma dulcísimamente.*

También en esto Santa Teresa de Jesús me da más luz que todos los demás escritores espirituales cuando me describe en su *Vida* una visión extraordinaria que Dios la hizo mostrándola el estado de su alma: *Parecióme... que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía; después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre San José a el izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las*

manos nuestra Señora... Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá que no tiene comparación, porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne... Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora (7).

Ver a un alma en gracia es ver el rutilante reflejo de la infinita belleza, es ver la magnificencia y el esplendor infinito de Dios sobrenaturalizando y divinizando lo finito y lo criado.

Ver un alma en gracia es ver la misma luz de Dios y su infinita bondad transparentadas en ese alma. Un alma en gracia es un alma transformada viviendo la vida de Dios, entendiendo con su sabiduría y hermoseada con su hermosura.

133.—Yo no veo, yo no puedo ver ni imaginar ni comprender tanta belleza y tan suavísima claridad con tan indecible encanto, pero la fe me enseña y me cerciora de tan altísimo y soberano bien. Si yo pudiera verle con estos mis sentidos o comprenderle con este mi entender en la tierra, no

(7) *Vida*, 33, 14.

sería bien tan altísimo ni belleza tan arrebatadora como es en su inconcebible magnificencia, subyugadora atracción e irresistible encanto, puesto que cabía en mi limitado y pobre entendimiento. Dios y esa belleza son sobre todo entender.

Esto remueve en mi memoria lo que tantas veces me he preguntado a mí mismo lleno de admiración: ¿Qué atracción, qué hermosura, qué sabiduría o qué inexplicable luz subyugaba, atraía y hacía felices a tantos solitarios como se retiraban a alejados e inhóspitos desiertos y hace actualmente a tantas almas angelicales, que renuncian todos los regalos y todas las comodidades de los bienes materiales, en que abundaban, y las diversiones y disipaciones del mundo y hasta los cariñosos amores y abrazos de la amadísima familia para abrazarse con la pobreza y con la mortificación y silencio, encerrándose solos con Dios y con otras almas completamente consagradas a Dios?

Es que Dios hace sentir un algo de su hermosura y encanto que arrastra amorosamente a las almas. Es encanto y hermosura del mismo Dios. Es bondad de su infinita bondad, y bien de su sumo bien. Es participación de sus divinas perfecciones con que hermosea, arrastra y transforma a las almas. Es lo inexplicable de la hermosura de la gracia, que excede a cuanto se puede concebir y decir de hermosura y de bien.

Aun al exterior algunas veces hace el Señor

que trascienda lo que no se sabe explicar, pero obra de modo extraordinario en los hombres que conviven o tratan a algunos santos especiales. No era su aspecto físico ni el cuidado y atuendo de su cuerpo, más bien descuidado y enflaquecido.

Así Giboldo, rey pagano, decía a sus jefes guerreros después de haber estado conversando con San Severino: *Nunca, ni en lo más reñido de los combates, he sentido lo que en presencia de ese hombre* (8), y al abrazar San Enrique al muy viejo San Romualdo, gastado y seco por los años y las penitencias, decía con santa envidia: *¡Oh, si mi alma estuviese en tu bendito cuerpo!* (9).

134.—Dios, el mismo Dios, es la vida sobrenatural de estas almas. No hay criatura alguna que pueda compararse con la infinita beldad y suavidad del amor infinito y de la gracia divina. No hay corona de reina ni diadema de desposada que dé realce y hermosura como da la gracia divina al alma. No hay astro brillante que ilumine y embellezca como la gracia al alma. No hay bálsamo ni perfume que llene de fragancia y empape, a veces, en atmósfera de dicha, como la gracia divina al alma.

Esto admiro en Santa Teresa de Jesús cuando

(8) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 8 de enero.
(9) Id., id., 7 de febrero.

resplandeciendo en tanta hermosura escribe: *Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedéme como desatinada, y dije al Señor que u ensanchase mi bajeza u no me hiciese tanta merced, porque, cierto, no me parece lo podía sufrir el natural* (10).

Y San Juan de la Cruz, saturado de tan divina hermosura, la ha cantado como un ángel del cielo y rebosando en su suavidad ha llegado a exclamar:

que a vida eterna sabe
y toda deuda paga (11).

¿Cómo será el sabor de vida eterna? ¡Oh divina suavidad! ¿No es lo que hacía exclamar al *Esposo* en *Los Cantares: ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!...?* (12). ¿No vemos en esto el *sentéme a la sombra del que tanto había yo deseado, y su fruto es muy dulce al paladar mío... y ordenó en mí el amor... y desfallezco de amor?* (13).

Santo Tomás ya en su juventud enseñaba que la gracia y el amor hacen al alma amante separarse de sí misma para transformarse en el amado y por esta transformación se produce tan intensa

(10) *Cuenta de conciencia,* 25, 18 de noviembre de 1572.
(11) *Llama de amor viva.*
(12) *Cantar de los cantares,* 4, 1.
(13) Id., id., 2, 3-5.

atención al amado que causa el éxtasis, o sea la salida de atención y sensación de sí misma para vivir absorta en el amado (14).

El alma enamorada en amor de admiración atiende sólo al Amado y momentáneamente vive y siente en el Amado y está iluminada con la luz del Amado perdiendo la noción de la sensación propia de su cuerpo y aun del tiempo.

Y esta noción parece estar viva, aunque oculta, en la conciencia colectiva de los pueblos. De aquí el origen de la leyenda y la facilidad de su divulgación sobre la rapidez del tiempo, que pasa sin darse cuenta, en los ratos de la felicidad, como la que se cuenta del abad Ero en Armenteira y del abad Virila en Leyre o de un monje que, meditando en las palabras del salmo *mil años delante de ti son como el día de ayer que ya pasó* (15), oyó cantar un bellísimo pajarillo tan dulcemente que le fue siguiendo con dulcísimo gozo, y cuando, desaparecido el pajarillo, volvió a su convento, lo encontró todo cambiado y que ya no vivía ninguno de los religiosos que él dejó y tampoco le conocía nadie a él. Aquel breve rato que había transcurrido escuchando absorto el dulce canto del pajarillo había sido de trescientos años (16),

(14) Sent. III, d. 27, I, a. 4.

(15) Salmo 89, 4.

(16) *La Cantiga CIII*, por José Felgueira Valverde. Hace un estudio detallado y científico sobre esta leyenda muy anti-

y de ciento los que pasó el monje Alfrús en Olmutz oyendo unas dulcísimas armonías (17).

Y semejante a esta leyenda es la de los durmientes que habían visto la hermosura del cielo y creyendo habían estado tan sólo un día en aquellas delicias, habían transcurrido muchas decenas de años en tan dichosa visita.

gua y divulgada con diferentes manifestaciones. Ya la trae J. Vitry en *Histoire des Croisades*. "Collection des Memoires". Está también en *Antología de cuentos de la literatura universal*, por Gonzalo Menéndez Pidal y Elisa Bernis.

(17) *La vida después de la muerte*, por el abate L. M. Pioger, cap. XX.